

Tensiones mundiales



Demetrio Boersner*

DIVISIÓN EN LATINOAMÉRICA

La América Latina, que hace un lustro se despertó de su ilusión de globalización neoconservadora y comenzó a generar una nueva conciencia de unidad y de solidaridad, en las últimas semanas ha recaído en la división y el desconcierto.

Los procesos electorales de diversos países han llevado al poder a mandatarios de orientación diversa, algunos radicales y otros moderados. En enero de 2006, el señor Evo Morales, líder izquierdista radical con marcado matiz indigenista, se juramentó como presidente de Bolivia, dando a ese país un impulso hacia el alineamiento con el eje Chávez-Castro. En el mismo mes, la socialista democrática de excelentes antecedentes, Michelle Bachelet, fue elegida presidenta de Chile. Con su ascenso se confirmó la beneficiosa hegemonía política de la Concertación Democrática de centroizquierda que con tanto éxito y madurez ha sabido enrumbar el país hacia su reconsolidación democrática, pero al mismo tiempo se fortaleció levemente el énfasis en la agenda social. En el mes de febrero, el veterano socialdemócrata moderado Oscar Arias volvió a la primera magistratura de Costa Rica, con promesas de tinte liberal (TLC con Estados Unidos) combinadas con otras acordes a la tradición social progresista del Partido de Liberación Nacional. En mayo, el presidente colombiano Alvaro Uribe Vélez fue reelegido con más del 60 por ciento de los votos, marcando un importante triunfo para la centroderecha democrática de su país y de las Américas. En junio, el pueblo peruano eligió a la presidencia, en segunda vuelta,

al socialdemócrata Alan García, con preferencia de 10 puntos sobre el socialnacionalista ultraradical, Ollanta Humala. Mientras se escriben estas líneas, México se apresta a elegir presidente, entre el conservador democrático Felipe Calderón y el socialdemócrata de ala izquierda Andrés López Obrador. Para la segunda mitad del año se preparan elecciones presidenciales en Brasil, Ecuador, Nicaragua y Venezuela.

Teóricamente, si el analista se guiara por los conceptos de “derecha” e “izquierda” sin matices, el actual cuadro geoideológico de las Américas sería el de una contraposición entre un bloque democrático conservador integrado por Estados Unidos, el México de Vicente Fox, Colombia y parte de Centroamérica, enfrentado a una “izquierda latinoamericana ascendente” en la cual figurarían gobernantes tan disímiles como los de Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela, con Ecuador, Paraguay y la República Dominicana en posición intermedia. Obviamente, tal cuadro no guarda ninguna relación con la compleja realidad.

En lo que concierne los enfoques doctrinarios diversos, se hace cada vez más flagrante el contraste entre las “dos izquierdas” definidas por el político e intelectual venezolano Teodoro Petkoff, en concordancia con algunos otros pensadores latinoamericanos. Dentro de un movimiento regional muy amplio de reconsideración de la realidad internacional y de crítica severa al concepto de la globalización al estilo del Consenso de Washington, han llegado a formar un grupo los socialdemócratas lúcidos tales como el

presidente Luiz Inácio (“Lula”) Da Silva de Brasil, la doctora Bachelet en Chile y el doctor Tabaré Vázquez en Uruguay. Por el otro lado, el venezolano Chávez, el boliviano Morales y el cubano Castro constituyen otro grupo, liderado por el primero de ellos: extremista y provocador en su lenguaje “antiimperialista” (aunque moderado en su política comercial). Mientras la corriente socialdemócrata cree en la conveniencia de mantener una relación correcta con la primera potencia del hemisferio y en negociar las divergencias con ella, el eje radical busca la confrontación verbal y las alianzas con países adversarios o enemigos del “imperio”.

Pero este diagnóstico tampoco explica todas las situaciones conflictivas hoy existentes en las Américas. Más allá de diferencias de tendencia general, existen choques entre intereses nacionales muy concretos. México, con sus recursos energéticos y financieros y su poder político, compite con Venezuela por la influencia dominante sobre el área centroamericana y del Caribe. El gobierno de Chávez, que inicialmente aprovechó a Brasil como socio y aliado, últimamente ha comenzado a enfrentarse a esa potencia regional en lo concerniente a la influencia sobre Bolivia y sus recursos gasíferos, así como en relación con Argentina. El mandatario venezolano, con generoso apoyo petrofinanciero a la precaria economía rioplatense, está alentando la tradicional desconfianza y rivalidad argentino-brasileña y ganando una posición de fuerza dentro de Mercosur, aunque al mismo tiempo tiende a debilitar y dividir ese pacto al cual se acaba de adherir. Lejos de contribuir a una “bolivariana” unidad de

las naciones latinoamericanas, Venezuela ha estado actuando, últimamente, como sembradora de cizaña y factor de división en la región. A la larga, ello no dejará de perjudicarla seriamente. Además de renunciar voluntariamente a su privilegiada posición de equilibrio geopolítico entre los cuatro puntos cardinales de Latinoamérica al abandonar la CAN y el Grupo de los Tres, Venezuela pierde confiabilidad y aceptación al interferir en la política interna de otros países y generar desconfianza mutua entre ellos.

ESTADOS UNIDOS ACUMULA ERRORES

Últimamente la política exterior de los Estados Unidos ha tendido a aislar esa potencia de las demás naciones del mundo y a debilitar su prestigio. En América Latina, la práctica norteamericana de presionar públicamente a los gobiernos de la región para que se tornen en contra del régimen venezolano de Hugo Chávez está teniendo un efecto contraproducente: el caudillo venezolano se fortalece en el plano propagandístico al ser atacado por el “imperialismo” y naciones como, por ejemplo, Chile rechazan con indignación las presiones abiertas. Por la torpeza de la diplomacia norteamericana en su publicitado afán de impedir la elección de Venezuela al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, está de hecho ayudando al país suramericano en sus aspiraciones. En ese sentido, la administración Bush contrasta con la mayoría de sus predecesoras, que sabían ejercer presiones discretamente y lograban sus fines de esa manera.

En Irak, la posición estadounidense se debilita por su empeño en favo-



Últimamente la política exterior de los Estados Unidos ha tendido a aislar esa potencia de las demás naciones del mundo y a debilitar su prestigio.

Claramente, la reciente ampliación de la UE de quince a veinticinco países miembros ha sido excesiva y –junto con la creciente presión de inmigrantes ilegales desde África y Asia– ha causado un grado de xenofobia muy preocupante.



recer a los chiítas y contrariar a la comunidad suní, en lugar de realizar esfuerzos por apoyar una amplia reconciliación nacional. Al mismo tiempo, esa política podría tender a favorecer las aspiraciones de la teocracia chiíta de Irán y alentar una eventual alianza iraní-iraquí. Asimismo, la extrema dureza de la línea norteamericana hacia Irán en el problema nuclear podría tener el triple efecto negativo de provocar al gobierno de Teherán a una actitud cada vez más terca, de reducir la hostilidad que hasta ahora existía entre Irán y Al Qaeda, y de distanciar a Washington una vez más de sus aliados europeos, partidarios de una política menos dura.

Debe reconocerse, sin embargo, que el presidente Bush parece estar en la vía correcta en sus propuestas con respecto a la inmigración ilegal a través de la frontera con México. El gobernante norteamericano aboga por una combinación de firmeza con flexibilidad, abriendo la vía a la legalización y hasta la naturalización de ciertos ilegales.

EUROPA A LA DERIVA

La Unión Europea atraviesa actualmente uno de sus momentos menos alentadores. Ninguno de sus países miembros tiene gobernantes con verdadero arrastre y aceptación, capaces

de orientar y entusiasmar a la población. En su conjunto, la Unión no logra resolver el dilema entre la necesidad de reducir el gasto público y el anhelo de mantener las conquistas del Estado de Bienestar. Por ello, y por la desorientación general de las poblaciones, ha tenido que suspender los esfuerzos por adoptar una Constitución Europea.

Claramente, la reciente ampliación de la UE de quince a veinticinco países miembros ha sido excesiva y –junto con la creciente presión de inmigrantes ilegales desde África y Asia– ha causado un grado de xenofobia muy preocupante. Parece cada vez más difícil que los europeos acepten el ingreso de Turquía a la Unión, a pesar de que ese paso sí sería positivo e importante para el Occidente: la aceptación en su seno de un país musulmán debilitaría al islamismo agresivo.

*Miembro del Consejo de Redacción